

COMER, CONTAR, REÍR: MARGINALIDAD Y LITERATURA DESDE EL HUMOR Y LA GASTRONOMÍA

Mariano Carou*

Resumen: Se pretende abordar la relación entre la gastronomía, el humor y la literatura en la Argentina, tal como aparece en algunos escritores no canónicos del siglo XX.

Palabras clave: comida, humor, literatura, marginalidad, reunión.

Abstract: The purpose is to analyze the relationship between gastronomy, humor and literature in Argentina, as it appears in some non-canonic writers of the twentieth century.

Keywords: food, humor, literature, marginalization, gathering.

INTRODUCCIÓN

La literatura argentina se inició con una crónica del hambre. Un suceso mayúsculo al que luego, sin embargo, desde ningún ámbito del saber se le dio mayor trascendencia. De hecho, ese elemento primario en la crónica de Schmidl que es el comer —cuya imposibilidad se constituyó en horizonte vital inmediato y fuente de angustia de los primeros porteños—, acabaría por ser marginado de los canales centrales de la literatura argentina posterior. Con honrosas excepciones, nuestros escritores han vuelto a tratar el tema muy pocas veces, lo cual resulta curioso en un país cuyo tercer libro más vendido es un recetario¹. Sabiéndolo o no, pertenecemos a una tradición intelectual que siempre consideró al gusto, al olfato y al tacto como sentidos inferiores, y a la vista y al oído (los sentidos menos concretos y mediatos, y más dados al ejercicio intelectual) como superiores². Para la cultura occidental tradicional, la comida no ha sido algo de lo que valiera la pena ocuparse con el mismo rigor que otros ámbitos de la experiencia humana.

De hecho, comer (o no hacerlo) es también una de las marcas de la marginalidad. La comida es índice de legitimación o rechazo, de pertenencia o exclusión, de identidad o vaciamiento cultural, y constituye por lo tanto un relato en el que el comensal, si es un verdadero *gourmand*, se apropia del comer como un hablante se apropia del aparato de la enunciación, con sus deixis y sus falencias, con sus polifonías y sus sintaxis.

Dado que comer y contar son actos que se realizan primariamente con la boca, es ella —y no el fúlgido cerebro— el punto de partida desde donde comenzaremos esta reflexión. Pero como además hay otro acto que requiere de la boca, que es el reír, lo constituiremos como tercer componente de esta

* Alumno de 2.º año de la carrera de Letras en la Universidad del Salvador. Artículo elaborado para la cátedra de Literatura Argentina. Correo electrónico: marianitenc@yahoo.com.ar.

¹ Desde hace décadas, *El libro de Doña Petrona* se ha situado entre los tres libros más vendidos de la Argentina, junto a la *Biblia* y el *Martín Fierro*, con 102 ediciones.

² En efecto, la vista está unida al leer y el oído al escuchar, ámbitos de la palabra y la doctrina, y del *homo erectus*, mientras que los otros tres sentidos se asocian más bien a lo metabólico, lo animal, al hombre primitivo, etc.

tríada. Iremos al meollo de lo marginal en nuestra literatura, porque el campo semántico es el comer, y será abordado desde la poco canónica perspectiva del reír, tal como aparece en algunos escritores a los que nadie podría calificar de nucleares, algunas de cuyas historias tienen protagonistas que son ellos mismos marginales. Intentaremos ver cómo, aun sabiéndose al borde del camino, ellos fueron sembrando alguna semilla con la que alimentar y alimentarse. O, dado que «semilla» y «embrión» son términos equivalentes, pongámoslo en perspectiva bajtiniana: cómo hicieron fructificar «fragmentos embrionarios del realismo grotesco» (Bajtín, 1987, p. 22), al menos en algunas de sus obras, tomándose en broma el acto de comer.

Mijail Bajtín nos ofrece un marco desde el cual echar una de las miradas posibles sobre el asunto que nos ocupa. No entraremos en detalles acerca del pormenorizado análisis que hace del humor carnavalesco y los géneros *spoudogéloion* (σπουδογέλοιοιον) desde la antigüedad hasta las primeras décadas del siglo xx. Pero valen algunas aclaraciones. Las dos obras mayores en las que encara estos temas — *Problemas de la poética de Dostoiévski* (1936) y *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento* (1941)— fueron escritas en una época que no terminaba de presagiar la postmodernidad. Sus categorías siguen siendo válidas, desde ya, pero en algunos casos más como punto de partida que como baremo por el cual regirse. De los rasgos de su análisis, los que más se adaptan a la generalidad de los fragmentos a los que recurriremos son los siguientes:

Al igual que en la sátira menipea, en estos cuentos se ponen a prueba «cuestiones últimas», por lo general subvirtiéndolo los valores establecidos. Entre estas cuestiones aparece lo social, pero sobre todo desde el punto de vista de la crítica y la transgresión, y no como refundación de lo que Bajtín llama la «utopía social».

1. Aparecen en casi todos ellos también inusuales puntos de vista y experimentación moral y psicológica, con rasgos de excentricidad, pasiones que bordean la locura, etc.
2. Asimismo, abundan las escenas escandalosas, escatológicas, con conductas inapropiadas y violaciones de lo generalmente aceptado.
3. Hay abundantes combinaciones de oxímoron y contraste, como corresponde a géneros polifónicos y dialógicos, en los que se hace presente la «profanación carnavalesca».
4. El cronotopo de la plaza no aparece propiamente, pero es reemplazado por dos espacios: uno, el de la intimidad —principalmente, los cuartos de pensión, o los ámbitos internos de la casa—; otro, el de la multitud privada de las fiestas y las pensiones. Estos espacios cumplen incompleta y muy subsidiariamente la función que Bajtín atribuye a las plazas y las calles.

GRACIOSOS, *GOURMANDS* Y NO CANÓNICOS

Veamos ahora entonces algunos ejemplos de la Literatura Argentina de las últimas décadas que podamos relacionar con el humor y la comida. Tomemos en primer lugar a Copi, un autor que recién hoy, a veinticinco años de su muerte, está comenzando a ocupar en nuestro país el lugar que merece dentro de la narrativa y la dramaturgia argentinas. *La Internacional Argentina* narra una historia delirante, como todas las que salieron de su pluma. En una suerte de *cour des miracles* de exiliados porteños en París —sostenida económicamente por un aristócrata negro multimillonario, descendiente de esclavos libertos, llamado

sugestivamente Sálame Sigampa—, se conspira para ungir presidente de la República, en las elecciones de 1989, a un escritor de dudoso talento. Hay un intento permanente por acceder a espacios de poder desde la marginalidad del exilio, el color de piel o, en algunos casos, la pobreza, el género o la profesión, lo cual hace que el «mundo al revés» aparezca en cada detalle; pero esto ocurre inclusive al darse vuelta los planes originales, ya que utilizan esos espacios de poder con tanta liviandad e impunidad que nada termina siendo lo que estaba pautado que fuera. El «mundo al revés» aparece también en la incoherencia de los personajes, como el aristócrata negro, el escritor de odas elegíacas devenido en candidato presidencial, o bien un personaje imperdible: Raúla, la hija bastarda de Borges, que recita de memoria el Corán.

Constatamos, entonces, varios rasgos que es necesario tener en cuenta. A lo que ya dijimos, añadamos el exilio, el sempiterno exilio de los intelectuales argentinos en París, expresado con rara y seria lucidez por Copi:

...en el extranjero [...] estábamos nosotros, que habíamos huido no de la dictadura militar, sino de todo lo que hacía posible su existencia en la sociedad argentina: la hipocresía católica, la corrupción administrativa, el machismo, la fobia homosexual, la omnipresente censura hacia todo (Copi, 2010, p. 288).

La comida tiene varios momentos destacados en esta *nouvelle*. Hay un recuerdo especial para el menú navideño de los argentinos: «A cuarenta grados a la sombra [...] nos atracábamos de pavo trufado con castañas, plato cuyo exótico gusto nos repugnaba» (Copi, 2010, p. 18). Pero esto no queda en una mera observación; Copi (2010) ve en ello un rasgo palpable del melancólico cliché borgiano del argentino como europeo desterrado: «Un sacrificio anual que ofrecíamos a Papá Noel para sentirnos de algún modo un poco europeos» (p. 236).

En otros momentos la comida aparecerá ligada al sexo «María Abelarda había decorado la cocina como un harén, con soberbios velos colgados de las paredes y una luz naranja» (Copi, 2010, p. 268); o a la identidad nacional: durante una recepción ofrecida por el Consulado del Uruguay —misteriosamente a cargo de los padres argentinos del protagonista— se prevé servir asado, y cuando los empleados bolivianos lo echan a perder y provocan un incendio, la única solución posible para evitar el desastre es ofrecer unos improvisados canapés de dulce de leche, producto del cual la Embajada tiene escondida una abundante provisión.

Hay que destacar que las multitudes (que desarrollan su acción en el restaurant, en el Consulado, etc.) no tienen los rasgos populares que Bajtín destaca en la cultura carnavalesca de la Edad Media. Los personajes más bien representan el típico «medio pelo»; esta es una de las diferencias derivadas de la distancia en el tiempo del todavía moderno análisis de Bajtín frente al postmoderno Copi.

Naty Menstrual, que merece ser considerada más por sus dotes como narradora que por su orientación sexual, arremete con todos sus sentidos en vilo en su libro *Continuadísimo*. De todos los cuentos en los que aparece la comida nos quedamos con uno: «Medialunas de manteca», donde la protagonista, una travesti cansada y hambrienta, accede a tener relaciones con dos policías a cambio de la posibilidad de recibir en recompensa las facturas que tanto anhela. Nuevamente el «mundo al revés», el cuestionamiento a la autoridad, el arriba-abajo, con un rasgo definitivamente propio de los tiempos que vivimos: la comida ya no como ritual que congrega, sino como mercancía que tiene valor de cambio

—si bien, cabe destacar, no es el precio estipulado de antemano sino un regalo de los clientes agradecidos—.

En este relato, el cuerpo —no solo lo genital— está en función del placer: también la boca es ámbito de lo erótico y de lo gastronómico. Cuando Bajtín (1987) habla del cuerpo grotesco, además, dice que «no está separado del resto del mundo, no está aislado o acabado ni es perfecto, sino que sale fuera de sí, franquea sus propios límites» (p. 24), algo perfectamente observable en Marlene Brigitte, la protagonista de «Medialunas de manteca». Por otra parte, no hay armonía ni idílicos desayunos en familia, sino sexo brutal en el tórrido cuarto de una pensión, con la mirada puesta en unas simples medialunas. Tan intenso es el vértigo en el que se mueven los protagonistas, que se produce una fusión absolutamente carnal de lo marginal y lo lumpen con la autoridad y el poder, es decir, lo oficial y lo popular, la ley y la transgresión: el mundo al revés.

Donde también la comida tiene valor de cambio es en «El asceta mendicante», de Isidoro Blaisten. Aquí, sin embargo, la satisfacción del estómago no está asociada a la prostitución o al sexo, sino más bien a su opuesto: la búsqueda espiritual. Un gurú va ofreciendo casa por casa un servicio de armonización de la vida interior a cambio de cajas de postre Exquisita, Polenta Mágica o zapallos en almíbar, que duermen en sendas torres de cristal, «de su dueño tal vez olvidadas» (en evidente referencia a Bécquer). La comida es sometida a una subversión de valores: espiritual-sensual, comunión-comercio, gratuidad-pago, que nos hace pensar no solo en el mundo al revés bajtiniano, sino sobre todo en aquello que Fischler (2010) llama «gastro-anomía», es decir, el mecanismo por el cual los comensales modernos se apropian del comer en beneficio propio, sin lógica, sin ley, sin referente. A pesar de ello, en el cuento de Blaisten la comida pasa a formar parte de un proceso de búsqueda de sentido, pero ya no como ritual sino como pago por una asesoría, un servicio de *fast spirituality*. Encaja, de alguna manera, con el pensamiento del propio Blaisten (1983), quien decía que el humorismo es una forma de piedad, y que «un humorista es un escritor que se ríe de nervios. Un enfermo de lucidez» (p. 41).

Bernardo Jobson, a quien Blaisten definió como un hombre «al vesre» (citado en Jobson, 2008, p. 115), asocia la búsqueda de sentido con un enigma muy puntual a resolver, relacionado con un fideo descomunal que pareciera ser la clave para remediar el hambre y las economías de una pensión de Buenos Aires, poblada de personajes grises y anodinos. Dado que el fideo constituye el núcleo del menú de todo almuerzo y toda cena, sumado a otras evidencias recogidas, un pobre jubilado sospecha que la avarienta dueña de la pensión es conocedora de alguna alquimia, algún arcano³, que ha dado con una piedra filosofal escondida en su cocina para lograr que sus números cierren. En encontrar ese mágico objeto empeñará su vida este anciano «solo, fané y descangallado», como si de una justa medieval se tratase. Un desafío, un duelo a muerte entre el huésped y la casera por develar el misterio de un modesto *aleph* de harina y huevo. Una víctima de la burocracia y de la decadencia de la clase media que empeña sus pocas energías en encontrar algún rayo de luz: si descubre el secreto del fideo más largo del mundo, aun sabiendo que la pelea termina en *knock out*, tendrá al menos la satisfacción de haber ganado algunos *rounds*:

³ Jobson llama a la casera «Hada» en varias oportunidades, también «bruja», y al jubilado que medirá fuerzas con ella lo compara con «un mago cualquiera».

...si en verdad hay un sentido de supervivencia, de sublimación del instinto de conservación, ambos pueden estar dados cuando hay un estímulo superior que supere en provocación, me dije, al hecho de vivir ocho años en esa pensión, y que esa superación debería tener una jerarquía realmente insólita, como, por ejemplo, buscar el fideo más largo del mundo (Jobson, 2008, p. 109).

Quien siempre se ha caracterizado por intentar buscar la salida del laberinto recurriendo a la tradición clásica y canónica es Alejandro Dolina, quien sin embargo es demasiado radial para ser considerado escritor, demasiado literario para ser considerado músico, y demasiado músico para ser considerado actor. En «Licor del error» (1999) refiere, con la fina ironía que lo caracteriza, la leyenda de un licor mágico cuyo efecto es hacer caer en el error a quien lo bebe, sin que este tome consciencia. Aquí, la búsqueda de sentido es absoluta: uno ya no sabe a ciencia cierta quién es, dónde está o para qué vive. Se duda de los amigos, de quienes dirigen el mundo, hasta del propio narrador. La marginalidad de las accidentales víctimas es la peor de todas: no tiene ninguna certeza, ni siquiera la de saber lo que cree saber o desconocer lo que cree desconocer. Todo, como consecuencia de la ingesta del fatídico brebaje.

BRÚJULAS, MESAS Y POESÍA

De este desorden que todo lo oscurece viene a rescatarnos la voz de los poetas. Como diría Blaisten (1983), sirven «para darnos vuelta al revés, mostrarnos que la poesía es una manera de vivir y de morir, hacernos saber que sobre el puente del daño el poeta y la muerte se acometen» (p. 69). En esa misma línea, contamos con un trovador que ha cantado al vino y a la comida, y que ha retomado en clave social la idea de la fiesta y la risa: Armando Tejada Gómez, poeta mayúsculo que para muchos no pasa de ser un mero letrista de canciones folklóricas. En él, retomando a Bajtín, la risa vuelve a ligarse a la muerte y al renacimiento, a la reproducción y a la fuerza de la naturaleza. Tejada Gómez nos revela algunas claves en su *Canto popular de las comidas* (1974), obra completamente olvidada, por la que obtuvo el Premio de Poesía «Casa de las Américas» en 1974:

Por eso la comida es la fiesta del pobre.
El festival del día. Su desquite ancestral... (p. 30)
Para que su bocado tuviera su aleluya
y alguna vez siquiera el pobre de la tierra tuviera una alegría (p. 45).
¿Y el maíz y su risa de redonda frescura
como una carcajada de la naturaleza? (p. 52).
Hay que cuidar al vino del usurero abstemio
que castra en las bodegas su magia milenaria
que, como un dios remoto, libera la alegría
en lo que el hombre tiene de campanario y pájaro (p. 110).

De la mano del aborigen, el marginal por antonomasia entre los marginales de nuestra sociedad, Tejada Gómez nos devuelve la urgencia del sentido y la necesidad de la fiesta. La comida y la risa, por su alto valor simbólico y emotivo, son privilegiados dadores de sentido en nuestro tiempo de quiebres y fragmentaciones. Si necesitamos una brújula que reúna, la mesa y la fiesta pueden devolvernos y convocarnos a nuestro norte. Todo este oxímoron, que Bajtín reconoce en la sátira menipea, hoy, ya casi dando vuelta la página de la postmodernidad, vuelve a resonar en nosotros de la mano de estos narradores y poetas no debidamente valorados, con la fuerza de la realidad que muchas veces no

queremos ver pero que constatamos a diario, con la intensidad de un *cross* a la mandíbula o, mejor aún, de una sonora y visceral carcajada.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bajtín, M. (1987). *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*. Madrid: Alianza.
- Bakhtin, M. (1997). *Problems of Dostoevsky's Poetics*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Blaisten, I. (1983). *Anti-conferencias*. Buenos Aires: Emecé.
- Blaisten, I. (2004). *Cuentos completos*. Buenos Aires: Emecé.
- Copi. (2010). *Obras*. Buenos Aires: Anagrama.
- Dolina, A. (1999). *El libro del fantasma*. Buenos Aires: Colihue.
- Fischler, C. (2010). Gastro-nomía y gastro-anomía. Sabiduría del cuerpo y crisis biocultural de la alimentación moderna. *Gazeta de Antropología*. Recuperado 30 de agosto, 2012, desde http://www.ugr.es/~pwlac/G26_09Claude_Fischler.html.
- Jobson, B. (2008). *El fideo más largo del mundo*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Menstrual, N. (2008). *Continuadísimo*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Onfray, M. (1995). *La raison gourmande*. Paris: Grasset.
- Tejada Gómez, A. (1974). *Canto popular de las comidas*. Buenos Aires: Editorial Boedo.